

V

La comida fué ceremoniosa, de presentación y conocimiento; molesta para aquella gente que, excepción de médico y cura, sentían recelosa inquietud cuando dirigían á los forasteros la palabra.

Doña Leonor, con su austero y noble semblante, con sus ademanes de gran dama, les imponía. De esta imposición librábanse, á más de cura y médico, dos personas: Julia, por fuero de beldad; Juanito, por el de su poca vergüenza.

A poco de llegar, la enhebró con el cuñado en ciernes. Entre sorbo y sorbo—no de agua—fué confesando al aristócrata, y se convenció de que andaba tan escaso de mollera como de bolsillo.

Fachada, no más que fachada. Quitáranle el terno irreprochable, los altos bigotes kaiserianos, el perfil de retrato antiguo y el escudo señorial, y quedaría un tipo inútil para todo, hasta para hacer daño.

Mientras contemplaba á su interlocutor por los cristales de una copa, mediada de Jerez, se le vino á mientes cierta casa de antigüedades que frecuentó en Madrid, no al reclamo de la antigüedad, al de la dueña, que era una real moza.

En tal casa, y sobre una vitrina, leíase esta rimbombante inscripción: "Espada de Suero de Quiñones, el del Paso,,."

Algo relumbraba dentro de la vitrina. Con incrustaciones primorosas, con sello de indudable autenticidad, pudo honrar y honrarse acompañando al castellano en su hazaña caballeresca. Sólo que, aun siendo de Quiñones, no era toda la espada. Faltábale un pequeño detalle: la hoja. No había allí más que la vaina.

Una cosa por el estilo pasaba con el cuñado aquél. La condesa... Puede que sí, que mereciera, conforme se decía, todos los respetos. A él, ¡plin!... Respetable ó no, había transpuesto los cincuenta. Con las viejas no hay que gastar saliva. ¡Que la gastase Julia!

A maravilla se comportaba esta adivinando los menores deseos de la dama, cumpliéndolos, aún no adivinador, poniendo en la conversación todas sus innatas finuras, con más las aprendidas en un colegio de monjas, existente en la capital.

A educar niñas nobles se dedicaba este colegio; pero Julia entró en él por oficios del señor duque, su padrino. En él continuó por obra de los billetes paternales. Fué para ello para lo único que el avaro ex-administrador tuvo fácil la bolsa. Verdad que no á humo de pajas hizo el gasto. Convenía á sus planes que Julia se educara á lo grande y amistase con las chiquillas tituladas. Era el primer paso. ¿La niña necesitaba darlo con zapatitos de oro? Que lo diese. Mirándolo bien, dinero á réditos. El primer paso allanaría otros, á cuyo término veía don Anselmo un duque, un conde ó un marqués entrando por las

puertas de su plebeyo hogar en clase de marido.

Y por las puertas del cortijo habíasele entrado ya un conde, de los de cepa antigua, "sin trampa ni cartón,,," con tres ó cuatro reyes en el árbol genealógico.

—¿Qué pensaban los aristócratas del pueblo, los que daban á Anselmo de hombro en el Concejo y en la iglesia y en las ceremonias oficiales?... Pa todo hay melecina. Lo que no se hereda, se compra. Por mor del marido tragarían á Julia y á la madre de Julia y á él. Cuando viniese el primer nieto, tal que los noblotes vanidosos sería; mejor, porque podría apalear las onzas que ellos contaban muy despacio pa que durara más el son.

De gozo temblaba el criado antiguo de los duques al hacer estas reflexiones, y á las pupilas bellacas se le asomaba el gozo, y en sonrisa se traducía sobre su boca de careados dientes.

Teresa se encogía dentro de su sillón, procurando reducirse, disminuirse, empequeñecerse. Le avergonzaba dar frente á la condesa, ocupar en el comedor sitio de preferencia con aquella señora, á quien, en fecha ya lejana, abrió puertas y anunció servilmente y mudó platos y cubiertos en casa de los duques.

¿Se acordaría la condesa? ¿Reconocería en la madre de Julia á la doncella de la duquesa Beatriz?... ¡No, por Dios!... ¡Ni reconocerla, ni recordarla!... ¡Qué bochorno si, reconociéndola ó recordándola, hacía alusión á los pasados tiempos!...

Al pensarlo, no de reducirse, de desaparecer trataba. Aplastábase contra el asiento, escondía el cor-

pachón tras de los manteles, metía la caraza en el plato y entornaba los párpados para ocultar bajo ellos los negrísimos y delatores ojos, donde vivía toda entera la hembra pícara de treinta años atrás.

Pronto se rehizo, echando á espaldas los repulgos.

— Después de todo, ¿qué? ¿Por qué había de encojarse y de avergonzarse? ¿Porque Leonor era título? ¿Porque élla, antes de ser la mandona del pueblo, fué una criada de servir? ¡Ni que ignorase lo que había tras los títulos y las coronas! ¡Ni que saliera de un rincón sin haber pateado mundo!... Limpian- do retretes y haciendo camas en casa de los grandes se ven sus pequeñeces. Muchas vió. De muchas se aprovechó también. ¿Iba á respetar, de vieja y po- tentada, á quienes de joven y asalariada no temió?...

Sin más que ser guapa sobróle para que el duque se arrastrara á sus pies suplicando la limosna de una caricia. Mil veces fué despreciada la duquesa, con todo su orgullo y señorío, por la moza de esca- lera abajo, por la que danzaba de salón en salón, con el plumerillo en la mano, los pies en chancletas y la carne morena asomando, como un envite, por los remangos y desabroches de la chambra.

¡Bien de lágrimas derramó aquella duquesa Bea- triz á causa de la moza, cuando ésta, casada con An- selmo, abandonó el palacio y tuvo domicilio propio! A su domicilio iba el duque—luego de enviar á An- selmo en comisión.—En el domicilio se pasaba la no- che, toda la noche, ¿eh? con Teresa, con su Teresilla sandunguera, como la llamaba mimoso, temblante de lujuria.—“Su porvenir corre de mi cuenta,”—dijo el duque al nacer la niña.—“Mi fortuna la partiré

con ella.”—¿Partirla? No contaba el tonto con An- selmo. ¡Partirla!... ¡Ya, ya!... Enterita quedó para ellos. ¿Si creería el señorón pagar el escote barato? No era Anselmo corto en los réditos. Al préstamo de su mujer se los puso cumplidos. Pagólos el du- que con su íntegro caudal y con la escurridura últi- ma de su sangre prócer, vaciada en molde plebeyo para dar carne al cacho de gloria que sonreía jun- to á la condesa.

Aquel triunfo, aquel éxito de riqueza y de po- derío tocaba por completo á Teresa. ¡Bien la secun- dó su marido! Pero cosa alguna lograra de no apo- yarse en la hermosura truhanesca de la morena pi- cos pardos. ¡Fuera encongiamientos! No se achanta- ría frente á un señorito esmirriao y una vieja ran- ciosa, que con ser sus pergaminos muchos, más ha- bía en papeletas de empeño y en escrituras de hipo- teca. ¡Ea, que se ciscaba en los reparos!

Y Teresa se erguía sobre su sitial; y su enorme corpachón desbordaba por los manteles; y su mano empuñaba el tenedor, á guisa de cetro; y su ancha caraza alzábase del plato, insolente, dominadora, desafiando á todos con el mirar de los ojos ru- fianes.

Sentíase atraída la condesa por los encantos per- sonales de Julia, por sus atenciones, por la majestad de su porte.

¿Por qué no aceptarla sin reservas? También la belleza es una aristocracia. En su propio mundo serían transigentes. Quizá harían á Julia reveren- cia cuando el conde la presentara sobre un pedestal de oro con sus cabellos rubios, con sus grandes ojos

azules, con su cutis de nácar, con su modelado de Juno.

Un tenue reflejo de esperanza iluminaba el semblante de la condesa al poner oídos y miradas en Julia; pero si de ésta los llevaba á los otros, á quienes habían de entroncar con ella, acrecían las palideces de su rostro y las tristezas de su gesto.

¡Ah, si el hijo hubiera sido fuerte, valeroso, poco importara la pobreza! Dentro de ella bregarían los dos, sin claudicar, dando frente á la vida. Aun restaban de los pasados esplendores algunas tierras libres. Administrándolas sabiamente, la condesa y Alberto hubieran podido sostener, con escasez, pero con dignidad, el decoro de su linaje. Por desdicha Alberto no servía para tales arrestos. Mal soldado, tuvo que dejar la milicia; mal administrador, empeñó sus exiguas rentas, haciendo vida de *club*, de *sport*, de apariencias que á ninguno engañaban. Era la ruina total, inevitable, cuando se presentó Anselmo con su hija y un millón de duros en trueque de la hipotecada corona.

El conde vió el cielo de par en par abierto y aceptó la venta. La condesa acabó también por aceptar. Era el único medio de que Alberto no se hundiera en una miseria deshonrosa. ¡Desdichado hijo! Y más desdichada su madre que, por salvar al vástago inútil, consentía, pactaba la boda con aquella gentuza, librando su limpia ejecutoria al manoseo de usureros patanes y de prostitutas en retiro...

Como víctima ante los sacrificadores, temblaba la dama en su sillón, reprimiendo las lágrimas, mordiendo los labios para contener los suspiros, ce-

rrando en puño sus blancas manos de marfil y rasgando sus palmas con las uñas puntiagudas. ¡Martirio cruel que la impulsaba á romper en sollozos! No bastaban á contenerlos la belleza señorial, las palabras cariñosas de Julia. La condesa lo comprendía y, como quien busca apoyo para sostenerse y no caer, tornaba los ojos en dirección del médico y del cura, del representante de un Dios que pregona la resignación y del hombre de ciencia hecho, por curar las del cuerpo, á comprender las angustias del alma.

El doctor González Hernando era hombre de bondad y cultura. Pudo ser eminencia en Madrid; pero asqueado de las sendas que precisaba recorrer para escalar ciertas alturas, hizo el equipaje en un día de mal humor, y echó camino de su pueblo.

Allí vivía solitario, dedicado á graves y profundos estudios, manteniendo correspondencia con los prestigios y las publicaciones médicas; imprimiendo folletos, artículos y libros; prestando los beneficios de su ciencia á quien buenamente quería. Este buen querer del doctor, rezaba más con los pobres que con los ricos.

El médico era de la cáscara amarga. Se le aceptaba, se le toleraba por mérito de sus caudales y por obra de su saber.

Tenía González Hernando áspero el genio y noble el corazón. Un conocimiento grande de la vida infiltró en su espíritu franca misericordia para todos los vicios y debilidades humanas. Por nada sentía horror ni asombro. En lo que otros ven crímenes, él veía casos de estudio; para lo que muchos suelen pe-

dir castigo, exigía piedad. Simpático y extraño tipo que, sin necesitarlo, se daba malos días y peores noches, recorriendo las viviendas de los humildes á lomos de un caballo serrano, con su gabán largo, su sombrero flexible y sus gafas de oro, descolgando por la nariz.

González Hernando conocía de antiguo á la condesa. Por razones de su especialidad fué médico del conde, y le asistió hasta su momento postrero. Viejo en la casa, sabía todas sus carcomas. Viejo también en el trato íntimo del prócer, estaba al tanto de la polilla roedora de su organismo. Así es que, cuando la condesa lloraba al difunto, llorando á un tiempo mismo la ruina de su hogar, el doctor dijo tristemente, señalando á Alberto, niño aún: "No es lo peor la herencia. Lo peor es el heredero."

No se había engañado. Claramente lo podían ver ahora la condesa y el médico. Frente á ellos estaba el heredero, la carroña viviente de una raza agusanada poco á poco por los vicios de la ascendencia, por la falta de cruzamientos vigorosos en los enlaces, por los influjos de un medio social, donde no se educa más que la cáscara del hombre, donde no se viriliza la voluntad, donde los mismos músculos, fortalecidos con gimnasias y esgrimas, van atrofiándose en la pereza, desgastándose en los placeres, para compendiarse en hombres entecos totalmente, vivos por fuera, muertos por dentro, sin posible resurrección.

A esta especie de muertos ir resucitables pertenecía el conde actual. Era una momia viva que precisaba conservar entre sudarios de oro. "¡Qué reme-

dio!—murmuraba el médico al oído de doña Leonor.—Hay que resignarse. Comprendo el martirio que ello significa para usted; pero hay que resignarse. Lo sabe usted mejor que yo, porque mejor que yo conoce á su Alberto."

Doña Leonor, entristecida y confortada á medias por las frases del médico, volvía los ojos hacia el cura.

Dulce y modesta gravedad acusaba en líneas y actitudes la figura del sacerdote, pulcramente vestido, sin un pliegue, sin una arruga en la sotana de incontables botones. Los ojos casi se le veían, entoldados por los párpados á medio caer. Cuando se alzaban, hacíanlo para mirar cariñosos y honestos. En la boca, de finos labios, había un gesto de ternura. La voz era suave, pausada. Las manos, blancas, regordetas, de uñas rosadas y pulidas, se movían, cuando hablaba el padre Ricardo, unas veces como si bendijeran, otras alzándose al espacio, en demanda de perdón y misericordia.

— ¡El padre Ricardo!... ¡Y tan padre! — cuchicheaba Juanito al oído de Alberto. ¡Buen peje estaba el padre!...

En el pueblo le tenían por santo. Era muy astuto. Algo murmuraban de una apetitosa jamona, viuda y rica, asídua concurrente al confesorio del joven sacerdote; pero la murmuración carecía de pruebas.

En la capital, donde iba el cura todos los meses so pretexto de un pleito, cambiaban las tornas. Juanito lo supo por azar.

— ¡Fué divertido el paso!—decía Juanito, charlando con Alberto en voz baja mientras tomaban el

café.—Yo estaba con tres ó cuatro amigos y con otras tantas mujeres en un reservado de La Venta. ¡Ni que decir tiene, si habría allí guitarreo y copazos de manzanilla y palmas y baile y tentarujal! ¡Éramos personas de buten! Ellas... ¡Compadre, qué gachís! Daban la hora. A medios pelos andábamos todos, cuando sonaron en el camino rodajes de coche y tintines de cascabeles. Nos asomamos al balcón para ver quién venía; y, ¡ahí le va, amigo Alberto! Entre un grupo de flamencas y de flamencos me ví al propio padre Ricardo, á ese guaja que ahora habla, puestos los ojos en el suelo, con su madre de usted. No le conocí al pronto. Venía disfrazado. Chaquetilla corta, pantalón de talle, botas de caña y cordobés. Parecía un torero. ¡Y vaya si entonces le echaban lumbre esos ojitos bajos! ¡Y vaya si la sonrisilla inocente era de “¡Olé y tira pa alante!”, al dirigirse á las mujeres!... Loco andaba con ellas. A una morucha regordeta le tiró el estache á los pies. Entonces pude enterarme de que había escamoteado la coronilla. Con un bisoñé la llevaba cubierta. El socio hablaba á los chais en caló, á cuenta de hablarles en latín. Es un punto, créamelo usted. ¡Hace bien, qué demonio! Antes que cura, el hombre es hombre. Eso no quita para que don Ricardo cumpla su obligación y dé la coba á las beatas; y nos diga las misas cortas y predique como los propios ángeles.

Y Juanito sonreía bondadosamente, guiñando los ojos en dirección del cura, quien, no obstante su gravedad y la importancia que le daba su ministerio, se deshacía en cumplidos y adulaciones con la gordiflona excriada y con el soez usurero. Su poderío

espiritual no era nada sin el apoyo de los ricos, de los influyentes. Había que tenerlos ganados, para dominar á los demás, y el padre Ricardo apretaba aquella alianza con zalemas y elogios.

Todos los comensales reconocían el imperio de aquel Anselmo aforrado en billetes del Banco, máximo cacique á quien el ministro halagaba remudando á su antojo jueces y alcaldes y maestros de primera enseñanza; á quien los jornaleros pedían de limosna el jornal y los terratenientes de condición humilde solicitaban, en épocas de siembra, el préstamo de la semilla, que luego habían de pagar con asesinos intereses. Los propios ricachos, sus amigos, acatabanle por más ricacho. Era el amo. Toda aquella sociedad lugareña estaba sujeta á los mandatos de su voz. Esclava de él era por la influencia, por el salario, por la hipoteca ó por el pagaré. Bien lo sabía don Anselmo. Claro lo indicaban sus ojillos verdosos, recorriendo dominadores todo el círculo de la mesa y alzándose después hacia las ventanas, de par en par abiertas, para recrearse en la extensión de sus dominios.

—Sí, señora condesa—gritó, alzándose del sillón, con la copa de cognac en la mano.—Aquí estamos tós pa servirla á usté y al señor conde. Mi mujer y mis hijos y mis criaos y tós los presentes, somos servidores de usté. Los presentes y otros que vendrán. De mó, que mandar. De una familia vamos á ser pronto. Tan criaos y tan dependientes de ustés serán los que yo tengo, como de ustés los montones de onzas que los años y la buena suerte me han permitido amontonar. Chóquese usté la mano; y usté, don Al-

berto, agárrese á las dos de Julia. ¡Bien suaves y bien pulías son! No echará usted menos, tocándolas, ni las de su madre de usted, y eso que de imagen parecen.

La ancha mano de Anselmo, temblando un poco por las puntas de los dedazos, se tendió á la condesa. Esta, pálida, cerrando los ojos, dejó caer su mano en la plebeya.

—¡Aún faltan, aún faltan por venir!—exclamaba Teresa, columpiándose en la mecedora.—¡Ya verán ustedes esta tarde! ¡De primera va á ser! Cuando llega la ocasión, se tira la casa por la ventana.

—Se tira, dice usted bien, se tira—refunfuñó Lucas, mordiéndose las uñas.

—De lo mío tiro—respondió Anselmo, mirando á su hijo entre ceja y ceja.—Fijaremos el día de la boa cuando disponga usted—añadió, encarándose con la dama.—¡Y el día de la boa!... No recuerdo bien lo que hizo en las boas de su hija un Camacho de cierta historia que llaman *Don Quijote* y me ha leído Julia. Pero, vamos, debajo de Camacho, no queda mi cuerpo, señores. ¡Ya verán, ya verán! No nos faltará nadie de sinificancia y postín.

—Alguno faltará—dijo Lucas con acento de envidiosa satisfacción.

—¿Quién va á faltar?

—Quien no vendría manque lo trajesen arrastra: El Miláno.

—Por el mote no debe ser gran personaje—interrumpió Alberto riendo.

—Quizá lo sea mucho—replicó Lucas con retintín.

—Lo es—murmuró Anselmo, frunciendo los ojos

y apretando rencorosamente los puños.—Lo es, señor conde, lo es. Sólo que está loco. Con los locos no se hace cuenta.

—¿A quién se refieren?—preguntó doña Leonor, puesta en curiosidad.

—Se refieren—contestó el médico—al marqués de Cazorla, á don Fernando Enríquez de Castro.

—¡El hijo de Isabel de Castro!

—Muerto ó expatriado le creíamos—dijo el conde.—Hace años desapareció de Madrid, y ninguno supo más de él

—Pues aquí lo tienen ustedes—interrumpió Anselmo.—Tal que dos alimañas viven su madre y él en aquel castillejo que se ve desde este balcón. El castillo y cuatro tierrucas que lo cercan, son tó su patrimonio. Cualquiera labraor más tié. En cambio, de orgullo, pa con los que representan algo en el pueblo, andan ricos. Al marqués llámanle el Miláno, por su vivir entre esas rocas, y quizás porque un miláno alza el escudo con sus garras.

—Por eso último no será—exclamó Juanito riendo.—¡Cualquiera sabe lo que es el pajarraco! No es fácil distinguir su pinta, según está de mal hecho y de roto.

—Así todo—respondió severamente la condesa—ha podido sostener en alto el prestigio y el orgullo de una gran raza. Por lo visto, no abrió sus garras para dejarlos caer.